

ESPAÑA EVANGÉLICA

AÑO IX. — NÚM. 449

Madrid, 30 de Agosto de 1928

PRECIO: 15 CÉNTS.

LEÓN TOLSTOI

EN 1828, el 28 de Agosto, cómputo antiguo, 9 de Septiembre, según nuestro calendario, nació en Yasnaia Poliana un chico muy feo. Un chico que, pese a los zoilos descontentadizos del catolicismo romano, de la ortodoxia grecorrusa y del protestantismo, estaba llamado a ser muy grande entre los más grandes pensadores de la décimanona centuria.

Descendía del primer príncipe ruso. Su abuela y su madre fueron princesas. Su padre, coronel. Estudia lenguas orientales y Derecho. Pasa entre orgías, dados y juego su vida de estudiante rico. Se aburre de la Universidad y vuelve a la aldea. Ama el bien y desea practicarlo. Es amo de 700 siervos: «¿No tengo el deber sagrado de ocuparme del bienestar de tales almas? ¿Por qué buscar en otra esfera ocasión de ser útil y hacer el bien? Me siento capaz de ser buen amo, sin necesidad de grados y diplomas». A los tres años se cansa de aquel vivir y parte para el Cáucaso.

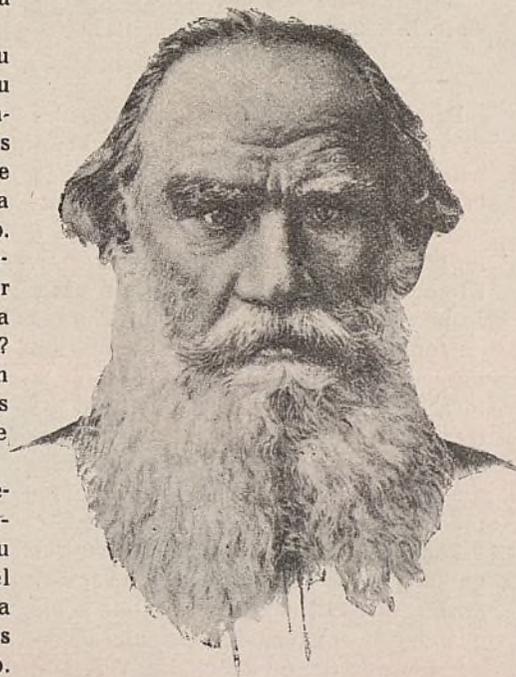
Contempla allí la espléndida naturaleza. Lee mucho, caza, charla con los cosacos y empieza a escribir. Compone su primer cuento: *Infancia*. Lo publica el *Sovremennik*, de Petersburgo. Se habla mucho de ello en el mundo literario, pues revela gran talento en el autor anónimo. Consigue ser nombrado oficial de artillería. Llega a comandante. La vida militar no le impide escribir. De aquel tiempo son: *Adolescencia*, *Recuerdos de Sebastopol*, *Tala del bosque*, *Invasión de los cosacos*.

Después del asalto a Sebastopol, marcha a Petersburgo, donde se ve agasajado por la alta sociedad, donde experimenta la embriaguez de una «remuneración ostentosa, mesa suntuosa, lujosa habitación, mujeres, sociedad, gloria...». Entonces escribe *Juventud*, *Encuentro*, *Dos húsares*. Marcha a Suiza, Alemania y Francia. Le impresiona la muerte de su hermano. Regresa a Yasnaia Poliana. Funda una escuela para campesinos. Vuelve al extranjero «para aprender qué había de enseñar a los demás, no sabiendo nada de sí mismo». Durante este viaje produce *Tres muertos*, *La dicha íntima* y *Pollikouschka*.

Torna a su pueblo y establece una escuela modelo, gratuita, un poco rara, pues el alumno «tenía siempre el derecho

a no asistir, y aun asistiendo, a no escuchar al maestro». Esto sólo dura otros tres años, porque cae enfermo, más bien de espíritu. Marcha al desierto, entre los baschkirs, «a respirar el aire y vivir vida animal».

A su vuelta, por Moscou, casa con Sofia Andrevna, «verdadera compañera, ca-



LEÓN TOLSTOI

riñosa, sincera, consciente», que le ayuda en los trabajos literarios y copia sus manuscritos, pues ella sola es capaz de descifrarlos.

Tolstói es feliz. Tiene chicos y él mismo los educa, según las teorías de Rousseau, «en una libertad completa y con supresión de todo castigo». De esta época, quizá la de su mayor talento, son *Guerra y paz* y *Ana Karenine*. Hay que dar carrera a los hijos. Tolstói y su familia se trasladan a Moscou. Y allí surge el acontecimiento cumbre: la conversión.

Tolstói es original desde los comienzos de su vida. Noble y rico, fuera natural que hiciera como los demás de su clase, seguir la corriente sin preocupación alguna. Como es muy difícil sustraerse al ambiente en que se nace y vive, sobre todo en la juventud, Tolstói se ve en-

vuelto en los prejuicios de su tiempo y de su posición social, hasta el extremo de dividir el mundo en dos categorías de personas: distinguidas y no distinguidas; y estas últimas subdivididas en vulgo y pueblo bajo.

Estimaba a las distinguidas, entre las que se contaba, y despreciaba a las demás. La distinción consistía en ser persona de sociedad, vestir bien, muy pulcro en lo físico, hablar francés, saber saludar, bailar, mostrar por todo una elegante indiferencia. Así entre la oficialidad, en Petersburgo y el extranjero.

Pero en medio de este concepto equivocado de la vida, una constante preocupación, una conciencia inquieta, una tendencia al bien: «¿Por qué vivo? ¿Cuál es mi misión? ¿Para qué estoy aquí? ¿Qué debo hacer?». Esta intranquilidad no era corriente en aquel tiempo entre los hombres de su clase. Puede darse algún caso aislado, un Fernando Lassalle, pero muy raro. Lo general era aceptar el mundo tal cual se encontraba, como si no pudiera ser de otro modo, sin la más leve preocupación espiritual.

A Tolstói le encontramos siempre preocupado. Muy niño aún y ya escribe en un papel *Reglas de vida*; lista de los deberes a cumplir y conducta a observar siempre; deberes para con él mismo, para con los demás, para con Dios. Adolescente, a los diecisiete años, deja de creer en su Iglesia. Pero tiene necesidad de creer en algo: «Quería yo ser bueno, mas era joven y estaba solo, completamente solo, mientras buscaba el bien». Cuando pretendía vivir dignamente, sólo conseguía que sus amigos le despreciaran y se burlasen de él: «Y he caído más abajo, siempre más abajo».

En el Cáucaso se encuentra con Jerochka, medio bandido y medio filósofo, quien le confiesa que toda fe es aceptable, que el hombre, creado por Dios para ser dichoso, no puede pecar. Cómo es mentira que por nuestros pecados arderemos en el fuego eterno: «Moriremos todos, crecerá la hierba sobre nuestras tumbas y nada más». Esto le da que pensar, le impresiona.

Otra vez hace conocimiento con el campesino Soutalev, fundador de una secta religiosa, inspirada en el deseo de hallar la verdad, según los Evangelios. Soutalev no ambicionaba sino ser un

buen cristiano y guiar en tal sentido a sus semejantes. Para él consistía el verdadero cristianismo en el amor y la verdad, no en los ritos. La verdad es el amor en la vida social.

En Moscou se encuentra con Bondarev, moujik sabatista, que no admitía ritos ni imágenes y sólo leía la Biblia, donde hablaba todas sus reglas de vida. Este labriego solucionaba la cuestión social con el versículo del Génesis: «ganarás el pan con el sudor de tu frente», llegando a la conclusión de que «la transformación del mundo será obra exclusiva del trabajo manual e individual». Se dice que esta teoría infundió en Tolstoi el sentido definitivo de la vida.

Pero hasta entonces ¡cuántas luchas! ¡Qué conciencia tan atormentada! ¡Qué desequilibrio tan grande! Hubo momentos en que la desesperación le impulsaba al suicidio: «¿Te repugna el espectáculo de la vida? Máchate de ella. ¿No puedes comprender el sentido de la vida? No pienses, vive. ¡El sentido de la vida! ¿Dónde está? ¿Dónde está la verdad? ¡La verdad es la muerte!» Y luego: «No, la verdad no es la muerte, es la vida. ¿Has perdido el sentido de la vida? Búscalo, hallarás uno nuevo».

Y buscó dolorosamente durante largo tiempo, «no por curiosidad pueril, no con indolencia, sino trabajosa y obstinadamente noches y días enteros, como hombre que se pierde y procura salvarse, y nada encontraba». Buscó en la familia, en la literatura, en la ciencia, en la filosofía, en la religión. La historia de las religiones, de las Iglesias, las enseñanzas de los teólogos y doctores le llenaron de terror. Vió la contradicción entre el sentido verdadero de todas las religiones y el fariseísmo de los hombres. Vió cómo todos los que se llaman creyentes viven en oposición a lo que su religión les manda,

Tolstoi leyó y releyó la Biblia y el Evangelio. A pesar de su kantianismo buscaba a Dios. Tenía momentos de depresión; otros, de aliento: «No existe Dios; es una abstracción como mi vida misma. Pero, ¿dónde ha nacido esta *idea de Dios* que busco? ¿Pensar tanto en él no es una prueba de su existencia?» Renacía la esperanza; pero luego: «La idea de Dios no es Dios. La idea es lo que acontece dentro de mí; es un sentimiento que puede, o no, surgir en mi interior. No es lo que busco».

Volvió la desesperación, las negras ideas suicidas. Después despejábale de nuevo el pesimismo: «Yo no vivo cuando me abandona la esperanza; sólo vivo realmente cuando busco a Dios. ¡Bien! Vive; busca a Dios. Buscarle es vivir; su investigación es la vida». Tolstoi, rebuscó. Encontró a Dios en el Evangelio. Encontró el sentido de la vida. Y vestido de campesino salió huyendo de Moscou, recorriendo a pie los 1.077 kilómetros que le separaban de Yasnaia Poliana. «Rechazó resueltamente las hipocresías y mentiras convencionales del mundo, la-

bró la tierra, carreteó, se hizo el calzado con sus propias manos. Renunció a sus bienes, se hizo vegetariano, no volvió a beber ni a fumar, comenzando una nueva vida basada en el Amor, el Trabajo y no combatir el mal con el mal».

Fué admirado y criticado. Le admiraron los pobres, todos aquellos a quien ayudaba con su dinero, con el propio esfuerzo en la construcción o reparación de sus casas, en el cultivo de sus tierras. Le alabaron los enfermos y los hambrientos. Cuidaba a unos y organizaba comidas para los otros. Le criticaban los ricos, los bien avenidos con el actual régimen social, los del «laissez faire, laissez passer», los fustigados en sus libros. Era un iluso, un místico, un atacado de monomanía religiosa, un loco.

Un loco que escribió por entonces *Maestro y servidor, En qué consiste mi fe, La salvación está en vosotros, La sonata de Kreutzer, ¿Qué es el Arte?*

En sus libros nos dice Tolstoi cuál es su fe. Esta fe de Tolstoi ¿es herejía?

Para las Iglesias que se llaman cristianas, sí. Tolstoi es un hereje que las combate, acusándolas de haber desfigurado la doctrina de Jesús. Las acusa abiertamente de enseñar máximas contrarias a los preceptos de Jesús y sus precursores. Establece siempre una diferencia entre Jesús y la Iglesia cristiana y refuta a sus doctores. «Consecuencia de su ambición de poder, han perdido estos hombres la idea de lo que es cristianismo, a tal extremo que lo realmente cristiano les parece herético, mientras aceptan todo lo que en los Evangelios puede ser interpretado en sentido pagano».

Para las Iglesias cristianas Tolstoi es un hereje. ¿Lo será también para Jesús? Porque dice el Evangelio que todo aquel que cree en el Divino Maestro no se pierde, sino que tiene vida eterna. Y Tolstoi ha creído. Más todavía: fué un enamorado de Jesús y su doctrina, hasta el extremo de amoldar a ella la propia vida sin importar nada las mundanas críticas. Creyó en Jesús y se transformó por completo su modo de pensar.

Él mismo nos lo confiesa: «Durante treinta y cinco años de mi vida he sido nihilista, en la exacta acepción de la palabra, no socialista revolucionario, sino hombre que no cree en nada. Hace cinco años obtuve la fe; creí en Jesús, y toda mi vida cambió de repente. Cesé de desear lo que antes ansiaba, y me sentí con deseos de lo que jamás había deseado. Lo que antes me parecía bueno lo encontré malo, y lo que me parecía malo lo hallé bueno. Mi vida y mis deseos sufrieron una transformación completa; el bien y el mal tomaron para mí una significación inversa. ¿Por qué? Porque comprendí la doctrina de Jesús, no como antes, sino en su verdadero sentido».

Se ha dicho de Tolstoi que se acerca más al judaísmo que al cristianismo. Has-

ta se le ha llamado «profeta de Israel, no apóstol cristiano». Sin embargo, en toda su doctrina, diseminada por sus libros, invoca siempre a Jesús, invocación incomprensible en un judaizante. Y es precisamente en el Sermón de la Montaña donde encuentra el fundamento de la vida y la solución a todas las inquietudes del alma, a todos los problemas sociales.

Antes que Papini dijera poéticamente del Sermón, que será siempre diamante único, esplendor límpido y luz pura entre la miseria irisada de esmeraldas y zafiros, ya había escrito Tolstoi más llanamente: «el Sermón de la Montaña se destaca siempre para mí de todo lo demás como cosa excepcional; es lo que he leído siempre con más frecuencia y mayor deleite. En ninguna otra parte Jesús habla con tanta solemnidad ni da reglas morales más claras, evidentes y accesibles a todos, ni que hallen mayor eco en el corazón de cada uno».

Tolstoi se ha separado de su Iglesia porque ella, en la práctica, se ha separado de la doctrina del Sermón. La Iglesia ve en esta parte del Evangelio el grado de perfección al cual debe aspirar el hombre; «pero el hombre caído en pecado no puede redimirse por sí, por sus obras; la salvación está en la fe, la oración y la gracia». Tal afirmación no ha convencido a Tolstoi.

Encontraba singular que Jesús, conociendo de antemano la imposibilidad para el hombre de practicar la doctrina por sus propias fuerzas, diese, no obstante, reglas tan claras y admirables, dirigidas directamente a cada uno en particular para su salvación. Leyendo el Sermón de la Montaña sentíase penetrado de la «dulcísima seguridad» de poder en el instante practicarlo. Lo deseó con toda su alma; llegó a ello. Y le pareció ser mucho más eficaz el propio esfuerzo para realizar la doctrina de Jesús, que los razonamientos de la Iglesia.

Una vez que Tolstoi quedó convencido de haber encontrado la verdad, quiso que todo el mundo la conociera: «quiero decir cómo encontré la clave del verdadero sentido de la doctrina de Jesús, y cómo la duda fué arrojada de mi alma por la verdad».

Entonces escribió *En qué consiste mi fe*. Y en este libro nos cuenta que los versículos donde halló la clave de todo fueron Mateo, cap. 5, versículos 38 y 39: «Ois teis que fué dicho a los antiguos: Ojo por ojo, y diente por diente. Mas yo os digo: no resistáis al mal que os quieran hacer».

Y, efectivamente, todo el tolstoísmo gira alrededor de ambos versículos: «No tuve sino buscar el sentido sencillo y exacto de *no resistáis al malo*, tal como se ha dicho, para que desde luego, en toda la doctrina de Jesús, no sólo en el Sermón de la Montaña, sino en los cuatro Evangelios, cuanto parecía oscuro,

enrevesado, se me hizo claro; lo que parecía contradictorio, estaba en perfecta concordancia, y aquello que yo consideraba supérfluo, era indispensable.

Todo se fundió en un conjunto armónico, cada parte completando la otra como los pedazos de una estatua que se reajustan según las reglas. En el Sermón, y en todo el Evangelio, en todas partes, veía la confirmación de la misma doctrina: *no resistáis al malo*. Siempre repite Jesús, más de una vez, que quien en este mundo no toma su cruz, renunciando a los placeres vanales; quien no esté dispuesto a soportar las consecuencias de la regla *no resistáis al malo*, no puede ser su discípulo. *No resistas al malo* quiere decir *no le resistas jamás oponiendo violencia a la violencia*; no cometes ningún acto que sea contrario al amor. Y si aprovechándose nos insultan, soportar el insulto. Nunca recurramos a la violencia.

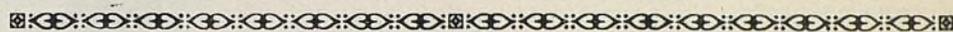
Desgraciadamente, la mayoría de los que se honran llamándose cristianos, no admiten esta significación sencilla y clara de las palabras de Jesús; les parece imposible poder vivir con tal interpretación.

La religión de Tolstoi consiste en *creer* a Jesús y su doctrina. En *creer* que solamente la práctica de la doctrina de Jesús, da el verdadero bien a todos los hombres, da el acercarse a Dios más prontamente. En *creer* que la práctica de esta doctrina es tan fácil como sencilla y dulcisima. En *creer* que aun cuando dicha doctrina no se practicase por ningún otro, siendo sólo Tolstoi, no le quedaría otro camino para salvarse de una perdición inevitable, que practicarla.

En *creer* que la vida, según la doctrina del mundo, es un tormento continuo; y que sólo la vida, según la doctrina de Jesús, nos da en este mundo y los otros el bien que nos ha sido asignado por el Padre de nuestra vida. En *creer* que la doctrina de Jesús, da el bien a toda la Humanidad, salva de la perdición y proporciona en este mismo mundo la mayor suma de bienestar, por lo cual Tolstoi no puede dejar de practicarla.

Este libro de Tolstoi tuvo universal resonancia. Fué comentado, extensamente comentado, favorable y desfavorablemente. Recibió de los cuáqueros americanos las primeras adhesiones. Luego, de los «gerngutters» y de los menonitas; todos de acuerdo en que la doctrina de Cristo entró en la conciencia humana, no por la espada y la violencia, sino por la no resistencia al mal, la resignación, la humildad y el amor. Le criticaron los escritores creyentes y los librepensadores. Ni unos ni otros quisieron entrar en las inmediatas derivaciones de la no resistencia al mal por la violencia: ¿Puede un cristiano participar en la administración de justicia, ya como juez, ya como querrelante, «lo que significa recurrir a la fuerza»? ¿Puede o no puede el cristiano par-

ticipar en la administración pública, «es decir, emplear la fuerza contra sus semejantes»? ¿Pueden los cristianos ser militares? Nadie se atrevió a tocar estos puntos que son la entraña del tolstoísmo, del cristianismo social. Se le reprochó a Tolstoi la falsa interpretación de tal o cual pasaje de la Escritura, de si reconocía o no los dogmas de la Trinidad, la Redención y la inmortalidad del alma. Algunos pretendieron que la violencia está autorizada, y hasta ordenada, por el Antiguo y Nuevo Testamento. Otros, siguiendo a Juan Crisóstomo, reconocen que Jesús ordenó presentar la mejilla y entregar la ropa, «mandamiento impracticable por la multitud de malhechores». Alguien admitió la verdadera interpretación de la no violencia, pero limitándola al caso individual, dejando de ser obligatoria cuando el mal amenaza al prójimo. Otra crítica consistió en afirmar que la no resistencia al mal debe ser reconocida, pero sin atribuirle significación absoluta, a estilo Harrison, Ballou, Dymond, los menonitas,



Una princesa hawaiana.

La historia más narrada entre los hawaianos es la de su queridísima princesa Capiolani. Parece que recibió el Cristianismo tan humildemente como una niña. Separóse de todos sus maridos, menos uno, y renunció a sus malas costumbres, tales como tomar parte en juegos de azar y beber licores alcohólicos. Dedicóse con todo su corazón al mejoramiento de su pueblo, destruyendo los ídolos y fundando escuelas; y aunque adoraba como un ser divino por su pueblo, vino a ser un ángel para los enfermos y desamparados. Por un solo acto de heroísmo coronó su vida: la visita al volcán Pelé.

Aunque la idolatría se había renunciado oficialmente, vivía aún en los corazones del pueblo. En el distrito donde vivía Capiolani, la diosa Pelé tenía su morada en las terribles profundidades del encendido cráter de la isla. Ésta era por su pueblo objeto de un terror especial. En Diciembre de 1824 decidió la reina librar a sus súbditos de esta esclavitud de temor, desafiando a la diosa en su propia ciudadela. Tenía que hacer un viaje largo y penoso, a pie, sobre centenares de kilómetros de lava áspera. Sus súbditos, llorando, trataron de disuadirla de su propósito; hasta su marido la rogó que no fuera a su muerte, mas su fe y valor no vacilaron por un momento. «Existe un solo gran Dios — dijo —, y Él me guardará de todo mal.» Más de una vez la detuvieron en el camino, rogándole que volviese, y ella decía: «Si yo muero, vosotros todos podéis seguir creyendo en Pelé; pero, si no, habéis de aceptar a Dios».

De lo que es aquel cráter inmenso puede darnos una idea la siguiente descripción de una viajera inglesa:

«Vino a ser una oscuridad que se podía sentir... Oíamos los vahos sulfúricos; un sonido como del mar hirió nuestros oídos, aumentando y disminuyendo, como el

hermanos moravos, valdenses, albigeneses, bogomilas y paulistas.

A todas estas críticas respondió Tolstoi en un nuevo libro: *La salvación está en vosotros*. En él explica cómo el Cristianismo no ha sido todavía comprendido por los creyentes ni por los hombres de ciencia. Allí pone de manifiesto la contradicción entre nuestra vida y la conciencia cristiana; la contradicción entre la doctrina de Jesús y la guerra; la significación del servicio militar; la inutilidad de la violencia gubernamental para suprimir el mal.

El conde León Tolstoi murió en 1910, antes de la gran guerra, antes del Soviet. Si los pueblos, las muchedumbres creyentes y obreras, los gobernantes, hubieran estado identificados con la doctrina cristiana de la no violencia, la Humanidad se habría evitado aquellos tremendos cuatro años de lágrimas y horrores, del 14 al 18.

LUIS VILLOAZ

sonido de las olas en la playa; pero la mar distaba más de cuarenta kilómetros. Los cielos se pusieron más encendidos... nubes coloradas y mezcladas con las llamas rodeaban sin interrupción el abismo de tinieblas, vasto e invisible, y se vislumbró Kilánea en toda su ígnea gloria... De repente, inmediatamente por encima de nosotros y delante de nosotros, masas ardientes fueron arrojadas en el aire, y abalanzándonos hacia adelante llegamos al borde de la sima... creo que todos lanzamos gritos, sé que todos lloramos y que quedamos mudos, pues se veía una nueva gloria, y un nuevo espectáculo se había añadido a la tierra. Es la más indecible de todas las cosas maravillosas.

«El vocabulario de los mortales no sirve para su descripción. Todo era imaginable, indescriptible; una vista que nunca se borraría de la memoria... Aquí estaba el «abismo sin fondo» — el fuego que nunca se apaga —, «el lago de fuego ardiendo en azufre».

«De todo esto quiso retroceder el cuerpo frágil de Capiolani, pero venció su fe sublime. Ochenta personas, temblando y llorando, la siguieron a lo lejos. Directamente al borde del cráter caminó ella comiendo las bayas sagradas a Pelé y prohibidas al pueblo. En el lago ardiente echó piedras, desafiando así a la diosa. Entonces, volviéndose hacia los que la siguieron horrorizados, dijo: «Jehová es mi Dios, no tengo miedo de Pelé. Es Él que encendió estos fuegos. Vosotros le habéis de servir y temer». Entonces se arrodillaron y ofrecieron una oración en medio del ruido del cráter, y concluyeron su culto allí, cantando un himno cristiano. Volviendo por el camino ya atravesado, llegó una vez más a la falda del volcán con toda calma y serenidad bajo la protección del que dijo: «Tú le guardarás en completa paz, cuyo pensamiento en ti persevera, porque en ti se ha confiado». Su acto en esta ocasión se ha comparado con el de Elías en el Carmelo, o el de Bonifacio derrumbando la encina consagrada al dios Tor.»

La Conferencia Internacional de la Prensa Cristiana.

ACABA de celebrarse en Colonia, aprovechándose la oportunidad que ofrecía la Exposición internacional de la Prensa, la primera conferencia Internacional de la Prensa evangélica, que diríamos nosotros, mejor que cristiana, que es el calificativo que se le ha dado en anuncios y programas. Es verdad que nuestra Prensa es cristiana; pero no lo es menos que la Prensa romana estaba totalmente ausente, y la griega sólo tenía en la Conferencia un reducidísimo número de representantes. Pero como el hábito no hace al monje, el nombre, no ha restado un ápice a la importancia que aquélla ha tenido; importancia mucho mayor, si se tiene en cuenta que ha sido la primera conferencia de esta clase y los pocos días en que se ha organizado, lo cual ha impedido hacer la propaganda y preparativos que requieren actos de esta naturaleza.

La Conferencia ha durado tres días, del 19 al 21 del actual, y ha celebrado todas sus sesiones dentro del recinto de la Exposición,

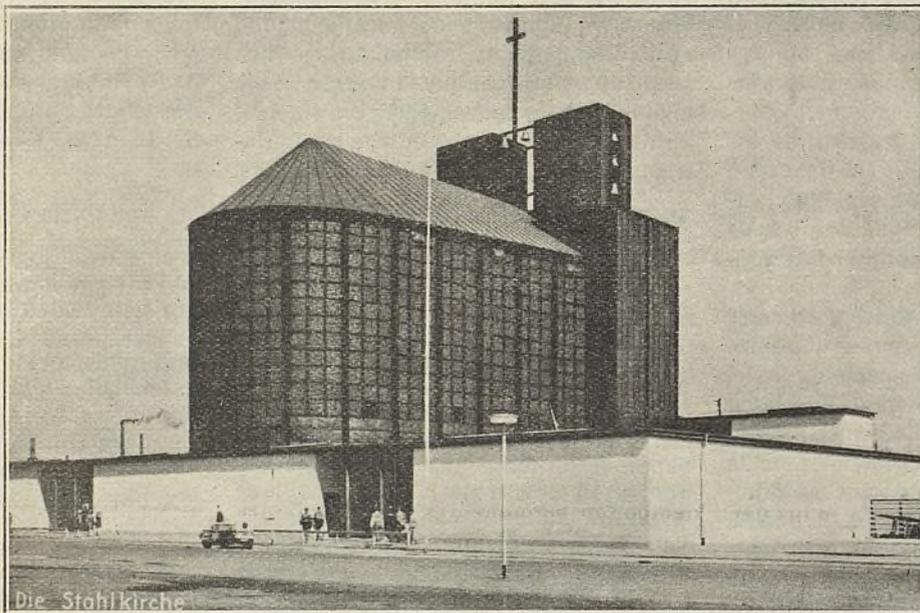
la mayor parte de ellas en el pabellón-capilla allí levantado, cuyo interior ofrecimos a nuestros lectores hace algunas semanas, y cuyo exterior pueden ver hoy.

En esta capilla, de una capacidad de que no da idea la lámina, se celebran todos los Domingos cultos, y el de las diez de la mañana del Domingo 19 era el culto de apertura de la Conferencia. Al llegar, pronto nos encontramos con amigos de diferentes países, algunos ya vistos en Londres el año pasado; pastores que, cual nosotros, dedican el tiempo que debieran consagrar al descanso, a difundir las doctrinas de Cristo por medio de la hoja impresa. El culto, que fué tan concurrido como solemne, comenzó con el himno «Veni Creator», y terminó con el notable y edificante sermón que predicó el doctor Wolff, de Aix-la-Chapella, sobre las palabras de Santiago: «Hermanos míos, no os hagáis muchos maestros, sabiendo que recibiremos mayor condenación».

Confortados con este servicio religioso, quedó la tarde libre, para que cada uno pudiera dar a su mente y espíritu el esparcimiento que necesitare, y que nosotros aprovechamos, primero, para visi-

tar el pabellón de la Prensa española (para el cual salen elogios de los labios de todos los visitantes) y asistir a un concierto sacro en la ya citada capilla.

Las sesiones propiamente dichas de la Conferencia fueron, en las mañanas del lunes y martes, en el salón de actos, situado debajo de la capilla. Ambas comenzaron con un servicio devocional. El tema general de la primera sesión era: *El llamamiento de Dios a la Prensa*, y el de la segunda: *¿Qué puede hacer la*



El pabellón-capilla evangélica en la Exposición de la Prensa.

Prensa religiosa para favorecer el movimiento ecuménico? Sobre estos dos temas, cuya importancia a nadie se ocultará, pronunciaron muy buenos discursos el pastor Müller, de Zurich; Mr. Peet, de Londres; el profesor Deisman, de Berlín; el Rdo. Lynch, de New-York; el profesor Alivisatos, de Atenas; el Dr. Hooyhaas, de Rotterdam; el superintendente Rote, de Polonia; el inspector Kole, de Viena; el pastor Zézéqueb, de París; Slotemaker de Brume, de Holanda, y otros varios, cuyos nombres alargarían demasiado esta lista.

De los discursos pronunciados podría entresacarse un hermoso ramillete de pensamientos y sugerencias, que pueden resumirse en la afirmación hecha por el pastor Wolff, de que la labor del periodismo evangélico es un verdadero servicio religioso, tendiendo todos al propósito decidido de unificar las fuerzas diseminadas que trabajan en tan vasto campo, para mayor eficacia.

Dos actos, muy importantes cada uno en su clase, se celebraron en relación con esta Conferencia. Fué el primero un

mitin público en la noche del lunes, y en la gran sala de conciertos de la Exposición. Cuatro mil personas tiene de cabida, y se llenó totalmente. Sólo hubo dos discursos; pero los oradores justificaban la expectación: el arzobispo de Upsalar, Dr. Söderblom, y el ministro del Trabajo de los Países Bajos, Dr. Slotemaker de Bruine. El asunto era: *El apostolado de la Prensa*, y el público no salió defraudado en las esperanzas con que había asistido. Si disponemos de espacio para ello, tenemos el propósito de dar a nuestros lectores, a lo menos, un extracto de aquel discurso magnífico.

Fué el otro acto el banquete con que el Ayuntamiento de Colonia obsequió a los asambleístas, al final del cual se pronunciaron elocuentes brindis, tras el que pronunció el alcalde de la ciudad.

La primera Conferencia Internacional de la Prensa cristiana puede considerarse como un feliz ensayo de lo que será una conferencia preparada con el debido tiempo, y en la cual estuvieran representadas las fuerzas periodísticas evangélicas con arreglo a la importancia que tienen en cada país. Como dijo un orador, la Iglesia

no podría vivir hoy sin su Prensa, y cuanto más organizada se hallase ésta, y más penetrada esté de la importancia de su misión, mayor y más eficaz será la influencia que ejerza en el adelantamiento del reino de Dios.

FERNANDO CABRERA.

Colonia del Rhin, 22 de Agosto, 1928.

©

PENSAMIENTOS

El Cristiano tiene la alegría del éxito. Todas las cosas colaboran juntas para su bien. Si el fracaso fuera posible para él, lo sería también para el Altísimo.

Más vale hacer poco con oración, que hacer mucho sin orar.

Lea la Sacra Escritura... allí hallará verdades grandiosas y hechos tan verdaderos como valientes. — *Miguel de Cervantes*. «Don Quijote».

El brillo intelectual vale muy poco comparado con el oro de la dulzura y el buen carácter. — *Newell D. Hillis*.



(Continuación.)

Norberto, sin hablar, sacó una carta oculta en una de las mangas de su traje y la mostró a Gabriela. El sobrescrito, en letra gruesa y clara, aunque irregular y llena de rasgos y torceduras, decía así:

A maese Juan Lyne, de San Gall,
Comerciante en sedas y terciopelos.
Lyón.

— ¿Lyón? — interrogó Gabriela con una especie de temblor.

— Voy allá. Con esto.

— ¿Tú? ¡Un muchacho!

— Un muchacho puede ir con toda seguridad a sitios en que no podría aventurarse un hombre — respondió Norberto demasiado conmovido para ofenderse por aquella frase desdeñosa —. De todos modos — añadió con el aire del que decide en un punto discutido — maese Calvino me ha hecho entrega de esta carta.

— ¿Cómo le ha ocurrido hacerlo así?

— A causa de mi buena estrella; pero creo que la buena voluntad ha servido de mucho. Maese Antonio le habló de mí, y como el mensajero de maese Lyne se había ido a su casa, en Berna, donde iba para emprender un negocio por cuenta propia, y no querría volver aquí, no había a mano nadie que pudiera ir adecuadamente.

— Aventuras tu vida, Norberto.

— Eso hacemos todos los días de una u otra manera — observó el mancebo casi riendo —; pero en realidad el peligro es escaso. En primer lugar, tengo que ir a Gex, donde los berneses, que están en buena armonía con los de Francia, me darán un pase para llevar cartas a maese Lyne, residente a la sazón en Lyón. Como yo soy francés, lo haré todo a las mil maravillas. ¡Decir que eso es un peligro! No es nada para quien...

Norberto se interrumpió a tiempo para no recordar el riesgo, mayor aún, que había corrido por ella.

Pero Gabriela lo entendió, no obstante su pesar, y terminó la frase diciendo con serenidad:

— Nada, para quien tanto arriesgó por mí.

— ¿Permitirás que esto sea también

por ti, Gabriela? Dame un mensaje, una carta, si quieres, para Luis.

— No puedo escribirle — murmuró la joven, moviendo la cabeza; pero súbitamente cambió la melancólica expresión de su semblante, brillando cual una lámpara que se enciende, y, convertida su palidez en rosado fuego, añadió: — Dile que Dios está con él y que él estará muy pronto con Dios, en el gozo de su gloria.

— ¿Le diré también que le ordenas que tenga firmeza? — preguntó Norberto, hablando en el lenguaje de aquellos tiempos y aquellas condiciones de vida en que predominaban la austeridad y la pureza.

— No — respondió Gabriela — ¿Diré yo al sol que siga su ley en el firmamento y aparezca mañana como debe? Tampoco necesitas decirle que oramos por él; sabe que lo hacemos; pero puedes decirle, ya que estamos al borde de la tumba, que le amo, le he amado y le amaré, y que, a lo que pienso, Dios me dejará ir muy pronto donde él esté.

Ni su voz ni su semblante dejaban percibir la menor señal de timidez, siendo ésta una de las cosas que la muerte hace desaparecer cuando se acerca.

— Dame un recuerdo para él.

— ¿Y qué te daré?

— Cualquier cosa; aunque sea una de estas naranjas — añadió Norberto tomando una del montón inmediato.

— Lo que es perecedero, mal puede ser recuerdo de lo que no perece — dijo Gabriela, que se detuvo, meditando, y a poco, soltando de su cinturón el disco de marfil que pendía de él, en unión de las tijeras, el cortaplumas y las llaves, dijo: — Su regalo; voy a escribir en él una frase nada más.

No tenía pluma ni lápiz; pero con la punta de las tijeras rayó sobre la pulimentada y tersa superficie: *Jusqu'a l'aurore*. «Hasta que raye el alba», nada más, y entregó la tableta a Norberto, que le dijo:

— Volveré tan pronto como pueda y te lo diré todo.

— No vengas hasta que... aparezca el alba... para él.

— Comprendo. Adiós, Gabriela.

— Espera. ¿Necesitas dinero?

— No; ya han pensado en eso.

Norberto no comprendía que pudiera pensar en tal cosa en aquellas circunstancias; y, a decir verdad, sintió cierta decepción. ¿Le dejaría partir sin una frase de reconocimiento, sin darle las gracias? No, no fué así.

— Adiós, querido Norberto. Dios te bendiga... y te lo recompense — le dijo,

dándole una mano fría como la muerte, aun en el calor de Julio, que el joven besó con más reverencia que ternura, partiendo después.

Al volver a su casa, halló, para satisfacción suya, que Antonio Calvino había persuadido a su padre de que era justo y prudente que él fuera a Lyon. En todo caso, De Caulaincourt no podía negar su consentimiento, cuando maese Juan Calvino aprobaba la idea y confiaba sus cartas a Norberto. Pero Antonio iba más allá, añadiendo que era conveniente para el muchacho ausentarse de Ginebra por una temporada, hasta que cesaran las conversaciones sobre su última jugarreta; y que, si cumplía bien su comisión, se ganaría el aprecio y el respeto de los hombres mejores de la ciudad. El peligro no era grande; él había demostrado ya que no carecía de habilidad ni de recursos, y en Lyon estaría bajo la custodia de maese Lyne, el amigo sincero y leal de Calvino y de los mártires. Y Norberto mismo, añadió a modo de aliciente adicional:

— Si veo que puedo viajar por Francia con entera seguridad, iré en otra ocasión a Gourgolles y traeré noticias de nuestra familia.

Partió, pues, llevando a los encarcelados confesores las oraciones y la simpatía de Ginebra entera. Que sus hijos se encontraran en cárceles extranjeras, esperando la muerte por su fe, era un suceso tan corriente, que no alteraba la superficie externa de la vida de la ciudad; pero en las interioridades de ella, el sentimiento era sincero y profundo. Tal vez no hubo ocasión en que la oración pública hecha en sus iglesias por todos los prisioneros y cautivos no fuese seguida de nombres queridos y familiares, pronunciados en voz baja y con labios temblorosos, por muchos de los que suplicaban.

Los asuntos interiores de la ciudad eran todavía muy absorbentes en aquel tiempo. Semejábese a un barco cargado que, después de una borrasca, intentase marchar bien, continuando su interrumpida ruta bajo auspicios mejores y más seguros. Ginebra había escapado a un gran peligro; había destruído el partido de los libertinos, demostrándoles a ellos y al mundo entero, que la libertad no significaba allí anarquía, y que, al desprenderse del yugo de Roma, no había roto los frenos de la moralidad y la religión. De allí en adelante, la hermosa ciudad del lago iba a ser realmente, si sus hijos podían hacer que lo fuese, la Ciudad de los Santos.

(El capítulo XXIV, se titula «Lyon».)

Agente de ESPAÑA EVANGÉLICA
en el Uruguay:

D. MANUEL PUCH

Quito, 1618.

MONTEVIDEO

Esfuerzo Cristiano

Creyendo mucho.

Dom., 9 de Septiembre. Juan, 11, 17-27; 41-46.

Lecturas diarias.

Lunes . . Fe trémula Marc., 6, 14-24.
Martes . . Fe maravillosa Mat., 8, 5-13.
Miércoles . La montaña movable Man., 11, 20-26.
Jueves . . Poder de la fe Sant., 5, 14-18.
Viernes . Los héroes de la fe Heb., 11, 1-8.
Sábado . . Creed con firmeza Heb., 3, 1-6.

Sugestiones.

Distribúyanse los asuntos los jóvenes para prepararlos con anticipación. Citen algunos ejemplos más notables de fe que la Biblia registra; mencionen otros algunos que la Historia profana ofrece.

Dígase cómo influye la fe en nuestras vidas, cómo nos ayuda en los trabajos, cómo es nuestro auxiliar mejor en los trances difíciles. Háblese del poder de la fe, y dígame cuál es la fe que triunfa.

Indíquese el medio de llegar a poseer esta fe. No es ésta una virtud innata en nosotros, pero está al alcance de todos. Cristo puede darla y quiere darla a cuantos de corazón la desean, y, por nuestra parte, podemos acrecentarla, apropiándonos las promesas de Dios.

Ilustraciones.

Las alas no servirán de nada a un pájaro si le colgáis un peso de ellas: así también de nada servirá el creer a un hombre si lo atáis con mundalidad.

El arte de nadar está basado en someterse uno mismo al agua; y el arte de creer es someterse uno a su creencia.

Dícese que la sensación más inesperada que se siente en el aeroplano, es la de su perfecta estabilidad. Nunca sabréis cuán firme es vuestra fe hasta que experimentéis sus resultados.

Temas para pensar.

¿Cómo se fortalece la confianza en Cristo?

¿Cómo podemos llevar a otros a creer en nuestro Salvador?

¿Qué os condujo a creer en Cristo?

Pensamientos.

Muchos parecen considerar que el creer es una debilidad, y creen sólo aquello que ven. Pero la fe es un poder, y cuanto más creemos, más fuertes somos.

«Yo no puedo obligarme a creer», dicen algunos. Es cierto; pero les es dado colocarse donde la fe pueda encontrarlos.

Los creyentes, como todas las cosas, son juzgados por sus frutos; ¿y qué si no buenos frutos viene de creer en Cristo?

Las evidencias cristianas son uno de los estudios más provechosos, porque busca el más noble de los propósitos y lleva en sí el más hermoso resultado.

Sociedades infantiles.

La primera reunión de oración.

Dom., 3 de Septiembre. Hech., 1, 12-14.

Como nuestro título indica, estudiamos hoy la primera reunión de oración que tuvieron los discípulos de Cristo. El

Maestro acababa de ascender al cielo, y ellos habían quedado en medio de un pueblo que les era hostil.

Se reunieron en el aposento alto y allí celebraron sus primeras reuniones. ¿Con qué resultado? No tardó en verse: aquélla constituyó seguramente la preparación mejor para el día de Pentecostés.

En la primera reunión de oración se nos dan las condiciones que requiere para ser eficaz toda reunión de esta clase. Estudiar bien y sacar consecuencias provechosas para los reunidos.

Tarjetas postales con textos bíblicos.

Preciosas postales de excelente calidad artística con versículos impresos en azul o rojo.

Paquete A: Doce postales de flores.

Paquete B: Doce postales de pájaros, mariposas y flores.

Paquete C: Doce postales de paisajes.

Cada paquete, DOS PESETAS

Sdad. de Publicaciones Religiosas

Flor Alta, 2 y 4, 1.º - MADRID

Teléfono 17.933.

Escuela Dominical

Pablo en Atenas y en Corinto.

9 de Septiembre.

Hec., 18, 1-11

1.º Tim., 2, 3-7

TEXTO AUREO: *Porque no me propuse saber algo entre vosotros, sino a Jesucristo, y a Éste crucificado.* — 1.º Corintios, 2, 2.

Pablo estaba sólo en Atenas. Había dejado en Macedonia a Silas y a Timoteo. Lucas se había quedado, probablemente, en Filipos. El espectáculo de Atenas, con sus maravillosas obras de arte y sus gloriosos recuerdos históricos, era para entusiasmar a un amante de la cultura. Pero Pablo se ocupaba de cosas más esenciales para el bien de los hombres que la misma cultura. Pablo veía la ciudad entregada a la idolatría, desprovista del verdadero conocimiento de Dios, ignorante aún de las verdades sencillas acerca del alma y de su destino.

Sus conversaciones en la plaza pública atrajeron la atención de los filósofos, que tanto abundaban en aquel centro de cultura. Hablaba de Jesús y de la resurrección. Ellos tomaron esta palabra como nombre propio, y pensaron que Pablo predicaba dos dioses nuevos. Para darle oportunidad de exponer sus doctrinas ante un concurso numeroso, lo llevaron

al Areópago, la colina de Marte, donde se reunía el tribunal supremo de la nación. Allí había sido condenado a muerte Sócrates cuatrocientos cincuenta años antes. Pablo, sin embargo, no fué para ser juzgado, pues no se habla de acusación ni de veredicto.

Comenzó su discurso elogiando la religiosidad de los atenienses (*supersticiosos* quiere decir, más bien religiosos hasta la exageración, en este caso). Después les habló de aquel Dios a quien ellos honraban sin conocerle, el Creador de los cielos y de la tierra, que no habita en templos hechos de mano de hombres ni necesita sacrificios materiales. Lo que quiere es que los hombres le busquen y le hallen. Está cerca de todos, porque «en él vivimos, y nos movemos y somos».

Cuando habló de la resurrección, muchos de sus frivolos oyentes se burlaron. Otros prometieron oírle alguna otra vez. Los trabajos de Pablo en Atenas no dieron mucho fruto. Mas algunos creyeron, entre ellos un miembro del mismo Areópago y una mujer llamada Damaris.

De Atenas fué Pablo a Corinto, la capital comercial de Grecia, como Atenas era la capital intelectual. Una ciudad hermosa, pero corrompida. Allí encontró al matrimonio Aguila y Priscila, el judío, y no sabemos si ella era también israelita; ella parece haber sido de más capacidad, tal vez más instruida que él, porque en varias ocasiones se da su nombre delante del de su marido. El matrimonio trabajaba precisamente en el oficio que Pablo había aprendido de muchacho, y el apóstol fué a vivir y trabajar con ellos. Quería, no sólo subvenir a sus propias necesidades, sino dar ejemplo de laboriosidad y desinterés.

Predicó en la sinagoga, como siempre lo hacía, mientras le fué posible. Cuando la oposición de los judíos fanáticos se hizo insoportable, se volvió a los gentiles y reunió sus discípulos en casa de un tal Justo, que estaba al lado de la sinagoga. Crispo, el principal de la sinagoga, creyó con toda su casa; la suya, con una o dos familias más, fueron las únicas a las cuales bautizó el mismo Pablo; generalmente, eran sus colaboradores los que bautizaban a los convertidos.

El Señor alentó a su siervo con una visión, asegurándole que tenía «mucho pueblo» en aquella ciudad. Es alentador pensar que Dios tiene a menudo muchos de sus escogidos, aun en los lugares donde parece reinar el pecado y la corrupción.

El incidente de Galión es interesante como ejemplo del criterio que deberían seguir siempre las autoridades civiles en materias religiosas. «Yo no quiero ser juez de tales cosas.» La conciencia es sagrada e inviolable, aun para las más altas autoridades humanas.



Recomiende a sus amigos
ESPAÑA EVANGÉLICA

TIPOGRAFÍA ARTÍSTICA.
CERVANTES, 28, MADRID